

LEJOS DE LA ALDEA

Jorge Aznar Canet

PERSONAJES

EL EXTRANJERO, el que se encuentra atrapado entre dos mundos.

EL GUARDIA, el que cumple con su deber.

LA MUJER, la que sabe, pero no quiere saber.

LA HIJA, la que descubre la verdad.

EL CORO DE ANCIANOS DE LA TRIBU, los que guían a EL EXTRANJERO.

TIEMPO Y ESPACIO

En un futuro que se aproxima, en una casa que es una prisión. Afuera, la desolación.

En una noche sofocante de luna llena, hasta la llegada del alba.

Luz tenue de luna, que ilumina en diagonal la cama sobre la que se intuye la silueta de LA HIJA, de perfil. Entra LA MUJER en camisón. Se acerca a la cama y se sienta a su lado.

LA MUJER – ¿No puedes dormir?

LA HIJA – *(Se da la vuelta y se incorpora)* Me arden el pecho y las piernas.

LA MUJER le pone la mano en la frente. Coge un paño, lo remoja en un barreño con agua, y se lo pasa por las sienes, hombros y brazos.

LA MUJER – Esto te refrescará. Qué grande estás, este camisón te queda muy ceñido. Tendré que coserte uno nuevo.

LA HIJA – ¿Crees que de mayor seré tan guapa como tú?

LA MUJER – *(Se ríe)* ¡Ay, tendrías que haberme visto de joven! Pero es verdad que cada día te pareces más a mí. Tú serás incluso más guapa que la mujer de un amo.

LA HIJA – Mamá... Últimamente tengo un sueño que se repite. Salgo de noche a la calle. Hace un aire muy fresco, se me cuele por todo el cuerpo. Está lloviendo y la lluvia me resbala por la piel, y yo canto y grito. Después me subo a un caballo que me está esperando para llevarme lejos. Galopo y galopo, y llego a un lago donde me baño. Hay una catarata con mucha espuma.

LA MUJER – *(La aprieta contra su cuerpo)* Debe ser por el calor.

LA HIJA – Es muy aburrido tener que quedarme en casa después del atardecer.

LA MUJER – Es por tu seguridad. Mañana volverás a ver a tus amigas. *(Pausa)* Una mujer está en peligro todas las noches de su vida.

LA HIJA – Hace mucho que no sé nada de mi hermano. ¿Está bien?

LA MUJER – Date la vuelta. *(LA HIJA se da la vuelta y LA MUJER le va peinando el cabello con delicadeza)* Está muy ocupado. Los patrulleros llevan una vida muy sacrificada.

LA HIJA – ¿Nunca tiene tiempo para venir a vernos?

LA MUJER – Cuando menos te lo esperes, aparece y nos da una alegría a todos.

LA HIJA – Mamá, ¿cuándo tendré mi propia familia?

LA MUJER – Ya no falta mucho. Buscaremos a un hombre pacífico, que te respete. Es importante que puedas confiar en él. No hay mayor felicidad que tener un marido y unos hijos a los que cuidar. *(Pausa)* Esperemos que tengas por lo menos una hija.

LA HIJA – ¿Por qué?

LA MUJER – Porque siempre estaréis unidas. Los hijos cuando crecen hacen su vida.

LA HIJA – ¿Yo también me casaré con un guardia?

LA MUJER – *(Sonríe)* O con un amo, quién sabe. De momento tienes que ir con cuidado, no dejes que se te acerque ninguno.

LA MUJER ha terminado de peinarle y se sienta a su lado en la cama.

LA HIJA – Laura me ha dicho que su padre le deja hablar con los extranjeros.

LA MUJER no contesta.

LA HIJA – Y que uno le contó que los habían encerrado a él y a toda su familia por tocar a la hija de los amos.

LA MUJER – Es una gran ofensa.

LA HIJA – Era una niña pequeña, se había clavado la espina de una rosa en un dedo. Lo único que hicieron fue quitársela y darle un beso en la frente. ¿Es verdad que les pueden encerrar solo por eso?

LA MUJER – Los amos son justos, seguro que ese extranjero se lo inventó.

LA HIJA – ¿Tú nunca has conocido a ninguno?

LA MUJER – No conviene mezclarse con ellos. *(Pausa)* Algunos se adaptaron al principio, cuando eran pocos. Mi abuela me contó que, durante un tiempo, todos convivían en paz. Después llegaron los tiempos de la revuelta. Asesinaron a varios amos, hubo muchos robos. Por eso empezó a haber guardias.

LA HIJA – Pero Laura habla con ellos y nunca le ha pasado nada.

LA MUJER – El interior de un alma es como una gruta profunda de la que apenas se ve la entrada. Mejor no asomarse.

LA HIJA – ¿Todos tienen malas intenciones?

LA MUJER – Cariño, están desesperados. No hay nada más peligroso que alguien que lo ha perdido todo.

LA HIJA – ¿Cuándo me vas a contar lo que hacen con ellos después? Cuando se los llevan de aquí.

LA MUJER no contesta.

LA HIJA – ¿No sabes nada?

LA MUJER – A algunos los devuelven a su país de origen. Al resto... lo deciden los amos. *(Pausa. Le da un beso muy tierno en la frente y le acaricia la mejilla)* Ahora tienes que dormir.

LA HIJA – No tengo sueño.

LA MUJER – ¿Quieres que te cante, como cuando eras pequeña?

LA HIJA – Mamá...

LA MUJER empieza a cantar.

A cantar a una niña yo le enseñaba
y un beso en cada nota ella me daba.
A cantar a una niña yo le enseñaba
y un beso en cada nota ella me daba.

El nombre de las estrellas saber quería
y un beso en cada nombre yo le pedía.
El nombre de las estrellas saber quería
y un beso en cada nombre yo le pedía.

Que noche aquella, qué noche aquella,
en que inventé mil nombres a cada estrella.
Qué noche aquella, qué noche aquella,
en que invente mil nombres a cada estrella¹.

LA HIJA se duerme. LA MUJER se queda unos instantes mirándola y después sale.

EL GUARDIA va haciendo su ronda, paseando por el espacio. De vez en cuando, mira hacia el lateral izquierdo, al que se acerca. Escucha. La luz es blanca y cegadora. Hay un silencio espeso. Sigue caminando en círculos. Entra LA MUJER.

EL GUARDIA – ¿Ya se ha dormido?

LA MUJER – Sí, la he dejado en su cama.

EL GUARDIA – Deberías descansar. Tienes los ojos enrojecidos y agrietados.

LA MUJER – Es este calor. Sale humo del asfalto. Me quema la piel, me irrita los ojos. Estoy como pez fuera del agua.

EL GUARDIA – Descansa ahora, por la mañana será peor.

LA MUJER – Si por lo menos hubiese algún árbol cerca. Todas las plantas se han secado.

EL GUARDIA – No queda mucha agua. Mejor que se mueran las plantas que nosotros.

LA MUJER – Ojalá se acabe pronto esta noche.

EL GUARDIA – Le das demasiadas vueltas a la cabeza. Todo está en calma. ¿No oyes el silencio?

LA MUJER – He vuelto a verla. Alargaba los brazos hacia mí, intentaba decirme algo, pero solo podía emitir un gemido sordo, como si tuviese los labios cosidos.

EL GUARDIA – Lo pasado, pasado está.

LA MUJER – ¿Cómo es posible? Nuestro hijo. Yo no llevo ese instinto dentro. De pequeño lo acuné todas las noches, me lo comía a besos. Y ahora... soy la madre de un monstruo.

1. Fragmento de la canción popular *A cantar a una niña*. Hay debate en torno a su posible origen chileno o peruano.

EL GUARDIA – ¡Es un valiente! Tú no has tenido que salir a la calle a luchar contra la chusma.

LA MUJER – Cuando los vi, le había rajado la falda. La sujetaba por las muñecas, mientras ella aullaba como un cachorro herido. Sobre la cara tenía una cortina de pelo. Quise gritarle que parase, pero estaba petrificada. No pude entender lo que estaba viendo.

EL GUARDIA – ¡Calla!

LA MUJER – (*Se señala el corazón*) ¿Qué tienes aquí dentro? ¿Te da igual que tu hijo viole a mujeres inocentes?

EL GUARDIA – No sabemos cómo pasó, y tampoco nos importa. Si no fuera por nuestro hijo y los suyos, ¿quién defendería este territorio? Este país necesita gente con agallas, que no tenga miedo de tomar las armas. ¿Qué más nos da una extranjera más que una extranjera menos?

LA MUJER – No sabemos si era extranjera.

EL GUARDIA – (*Grita*) ¡Mi hijo sería incapaz de algo así! Es un hombre de principios. Lo tuyo no son más que imágenes borrosas. Si cierras los ojos desaparecerán.

LA MUJER – Si cierro los ojos, oigo sus jadeos cada vez más fuertes, como si tuviera su boca pegada a mi oído. La respiración de mi hijo...